

go Chatelard, que oprimía debajo de la mesa y amorosamente una rodilla de la dama con otra suya. El bueno de Mazelle, olvidado entre el presidente Gau-me y el capitán Jollivet, tampoco había abierto la boca todavía, más que para tragar grandes bocados que masticaba lentamente, por miedo al dolor de estómago. La política no le interesaba desde que, gracias á sus rentas, estaba al abrigo de las borrascas, pero debía prestar atención á las teorías del capitán, que desahogaba muy contento, hablando á tan benévolo oyente. El ejército era la escuela de la nación; Francia no podía ser, según su tradición inmutable, más que una nación guerrera, que sólo volvería á su equilibrio el día en que hubiese reconquistado á Europa, reinando por el sable. Era una estupidez acusar al servicio militar de desorganizar el trabajo. Además ¿el trabajo de quién? ¿Qué trabajo? ¿Había eso? ¡El socialismo, la gran broma! Siempre habría soldados y debajo gente para llevar el fardo. A lo menos, el sable se veía. Pero ¿quién había visto jamás la idea, la famosa idea, la pretendida reina del mundo? Y se reía de su propia gracia; y el bueno de Mazelle, que respetaba profundamente al ejército, reía con él por complacerle; mientras que Lucila, la novia, le clavaba la sutil mirada de enigmática enamorada, examinándole en silencio, con extraña sonrisilla, como saboreando la idea de sus condiciones de marido. Al otro extremo de la mesa, el joven Aquiles Gourier seguía encerrado en su silencio de festigo y de juez, brillándole los ojos con todo el desprecio que le inspiraban su familia y los amigos con que le obligaba á almorzar.

Pero de nuevo se alzó una voz que se oyó en toda la mesa, en el momento en que se servía una empanada de hígado de pato, una verdadera maravilla. Era la voz de la señora de Mazelle, muda hasta entonces, enfrascada en su plato, cuidando su enfermedad que reclamaba mucho alimento. Y como Boisgelín, atento sólo á Fernanda, no hacía caso de ella, se había vuelto á Gourier y le explicaba asuntos de familia; lo bien que se entendía con su marido, sus ideas sobre la instrucción que había de dar á su hija Luisa

—No quiero que me le carguen la cabeza. ¡Ah, no! ¿Para qué se ha de pudrir la sangre? Es hija única, heredará todos nuestros bienes.

De pronto, Lucas cedió á la necesidad de protestar, sin reflexionar, por pura malicia.

—¡Pero usted no sabe, señora, que se van á suprimir las herencias? ¡Oh, y muy pronto, en cuanto se organice la nueva sociedad!

Todos creyeron que hablaba en broma, y era tan cómico el estupor de la señora Mazelle, que todos ayudaron á Lucas.

¡La herencia suprimida, valiente infamia; el dinero ganado por el padre se les arrancaría á los hijos, se les condenaría á ganarse el pan á su vez! Sin duda esta era la consecuencia lógica del colectivismo. Y como Mazelle, asustado, viniese en socorro de su mujer diciendo que él no se inquietaba, que toda su fortuna estaba en papel del Estado, y que jamás osarían tocar al gran libro, Lucas replicó tranquilamente:

—Ahí está el error, caballero; se quemará el gran libro, se abolirá la renta. Es cosa resuelta.

Los Mazelle iban á ahogarse. ¡La renta abolida! Les parecía tan imposible como que el cielo se desplomara sobre su cabeza. Y estaban tan aturridos, tan aterrados, por aquella amenaza del trastorno de las leyes naturales, que Chatelard, con lástima burlona les tranquilizó, y dijo volviéndose hacia la mesa de los pequeños, donde á pesar del buen ejemplo de Pablo, las niñas, Nisa y Luisa no se habían portado muy bien:

—No, no hay que temer. La cosa no está tan próxima; su hija de usted tiene tiempo de crecer y de criar hijos á su vez... Eso no quita que deban limpiarla, porque creo que ha metido la cara en la crema.

Continuaba la risa y la broma. Todos, sin embargo, habían sentido pasar el fuerte aliento del mañana, el viento del porvenir que soplaba de nuevo á través de la mesa, barriendo el lujo infúco y los goces envenenados. Y todos acudían en socorro de la renta, del capital, de la sociedad burguesa y capitalista, basada en el salario.

—La república se suicidará el día que toque á la propiedad—dijo Gourier, el alcalde.

—Hay leyes y todo se hundiría el día que no fuesen aplicadas—dijo el presidente Gaume.

—¡Y qué diantre! en todo caso ahí está el ejército, vigilante, y que no permitirá el triunfo de los pillos—dijo el capitán Jollivet.

—Dejad obrar á Dios, que no es más que bondad y justicia—dijo el cura.

Boisgelín y Delaveau se contentaron con mostrarse conformes, porque para ayudarles á ellos se juntaban todas las fuerzas sociales. Y Lucas lo comprendió; el Gobierno, la administración, la magistratura, el ejército, eran quien sostenía todavía la sociedad agonizante, la monstruosa andamiada de iniquidad, el trabajo mortífero de los más, que alimentaba la corruptora holganza de unos pocos. Continuaban su terrible visión de la víspera; después de haber visto el reverso, ahora veía el anverso de aquella sociedad en descomposición, cuyo edificio se desmoronaba por todas partes. Y allí mismo, en aquel lujo, en aquel triunfante decorado, acababa de oírle estallar; á todos les veía inquietos, aturdiéndose, corriendo al abismo como todos los enloquecidos que arrastran las revoluciones.

Se servían los postres, la mesa estaba cubierta de cremas, pastas, magníficas frutas. Para acabar de animar á los Mazelle, al llegar al champagne, se hizo el elogio de la pereza, de la divina pereza, que no es de este mundo. El amplio comedor, tan alegre, parecía haberse llenado de la suave influencia, como un efluvio, de los grandes árboles del parque, y Lucas reflexionaba, porque de repente, acababa de comprender el pensamiento que sentía en sí como una preñez: la emancipación del porvenir, enfrente de aquellos hombres que eran la autoridad injusta y tiránica del pasado.

Después del café, que se sirvió en el salón, Boisgelín propuso un paseo por el parque, hasta la Granja. Durante todo el almuerzo se había deshecho en obsequios para Fernanda, que continuaba esquiva. No le había permitido pisarla el pie bajo la mesa; no le respondía siquiera y guardaba sus sonrisas para

el Sub-Prefecto, que tenían enfrente. Ocho días duraba ya aquello. No había favores para él, cuando se permitía no obedecer inmediatamente á uno de sus caprichos. El fondo de su presente querrela era que había exigido Fernanda que él invitase á una cacería, con galgos, por el solo placer de lucir un vestido nuevo. Se había negado Boisgelín, por lo cara que salía la fiesta; y Susana que sabía algo, le había suplicado que fuese razonable. De este modo, la lucha era ya entre las dos mujeres; se trataba de saber quién vencería, si la querida ó la esposa. Durante el almuerzo, Susana, con su triste y suave mirada, no había perdido de vista la frialdad afectada de Fernanda, ni la solicitud inquieta de su marido. Así que cuando éste propuso lo del paseo, comprendió que sólo buscaba ocasión de verse á solas con la melindrosa, para defenderse y reconquistarla. Ofendida, incapaz de combatir, se recogió en su dignidad dolorida, y dijo, que ella se quedaba, para acompañar á los Mazelle, que por higiene no daban un paso después de comer. El presidente Gaume, su hija Lucila y el capitán Jollivet, declararon también que no se moverían; y entonces, el cura, Marle, propuso una partida de ajedrez al presidente. Aquiles Gourier ya se había despedido, contento al verse libre con sus sueños, por el ancho campo, á pretexto de un examen que estaba preparando. De modo que nadie más que Boisgelín, el sub-Prefecto, los Delaveau, el matrimonio Gourier y Lucas fueron á la Granja, á paso lento, á través de los árboles centenarios del parque.

Iban por bien parecer los cinco hombres en un grupo, y Fernanda y Leonor detrás, muy metidas en una conversación íntima. Boisgelín se deshizo en lamentos sobre las desgracias de la agricultura; la tierra se declaraba en bancarrota, los labradores corrían á una ruina próxima. Chatelard y Gourier estuvieron de acuerdo en que el problema terrible, sin solución por ahora, estaba allí; pues para que el obrero industrial pudiese producir, hacía falta que el pan estuviese barato, y si el trigo estaba barato, el paisano arruinado ya no compraba los productos de la industria. Delaveau creía que la solución estaba en un pro-

teccionismo inteligente. Lucas, á quien interesaba la cuestión, les hizo hablar, y sobre todo obtuvo informes de Boisgelín, que acabó por confesar que su desconfianza provenía de sus continuas dificultades con su colono Feuillat, cuyas exigencias crecían de año en año. Iba á tener que dejarle al llegar el nuevo arriendo, porque el llevador había pedido una disminución del diez por ciento en el precio de la renta; lo peor era que, con el temor de no seguir en las fincas, ya no cuidaba las tierras, no las abonaba y decía que no tenía porque trabajar en provecho del que viniera detrás. Así se esterilizaba la propiedad, herida de muerte poco á poco.

—Y en todas partes es lo mismo—continuó Boisgelín.—No hay modo de entenderse; los labriegos quieren echárselas de propietarios, y quien paga es el cultivo..... Vean ustedes; en Combettes, la aldea que no está separada de mis tierras más que por la carretera de Formeries, no pueden ustedes figurarse lo mal que se entienden; los esfuerzos que cada aldeano hace para dañar al vecino, inutilizándose á sí propio... ¡Oh, el feudalismo tenía algo bueno; todos estos valientes se alinearían si no tuviesen nada, ni pudiesen soñar con tenerlo.

Esta conclusión imprevista hizo sonreír á Lucas; pero lo que le sorprendía era la confesión inconsciente de que la pretendida quiebra del terruño venía sólo de la falta de inteligencia. Y ahora al salir del parque, su mirada se extendía por la llanura inmensa, por aquella Rumaña tan célebre antaño por su fecundidad, acusada ahora de no poder ya sustentar á sus habitantes. A la izquierda veía extenderse los vastos dominios de la Granja, mientras que á la derecha distinguía los pobres tejados de Combettes, en torno de los cuales se agrupaban campos extremadamente divididos, cuatro terrones todavía desmigajados por las herencias, semejantes á una tela toda piezas y remiendos. ¿Y qué hacer para que volviese la concordia, para que de estos esfuerzos contradictorios y dolorosos naciese el gran impulso de solidaridad en nombre de la felicidad de todos?

Llegaban ya á la Granja, edificio amplio y de buen

aspecto y justamente en aquel instante pudieron oír juramentos, puñetazos sobre las mesas, todo el ruido violento de una disputa. En seguida vieron salir de la casa á dos aldeanos, el uno gordo y pesado, el otro flaco y de mal genio, los cuales, después de haberse amenazado por última vez se alejaron, dirigiéndose á campo traviesa hacia Combettes, cada uno por camino diferente.

—¿Qué pasa, Feuillat?—preguntó Boisgelín al colono, que estaba de pie en el umbral.

—¡Oh, nada, señor!... Dos de Combettes... Lo de siempre, una disputa por un lindero, y querían que yo decidiera el caso. Años y años, de padres á hijos, los Lenfant y los Yvonnot están en continua pelotera, y nada más que con verse se vuelven locos... Por más que he querido llamarlos á la razón, nada; ya los han oído ustedes; van á comerse. ¡Y vaya si son animales; santo Dios, cuando serían tan fuertes si quisieran pensar un poco y entenderse!

Luego, sin duda descontento por haber dejado escapar esta reflexión, que no era buena para dicha delante del amo, disimuló, mirando vagamente; y borrando toda expresión de su rostro, añadió:

—Si estas señoras y estos caballeros quieren entrar y descansar un momento...

Pero Lucas había visto brillar sus ojos. Le sorprendió encontrar á aquel hombre alto y delgado, tan seco, de color de tierra, quemado ya por las horas de sol ardiente, á los cuarenta años apenas. Era con todo de muy viva inteligencia, como pudo notarlo oyéndole conversar con Boisgelín. Le había preguntado éste, risueño, si había pensado bien lo de la renta, y el colono había movido la cabeza respondiendo con pocas palabras, como diplomático ganoso de vencer. Sin duda se reservaba su idea; la tierra para los que la cultivaban, de todos, para que se volviese á quererla y fecundarla. ¡Amar el terruño! y se encogía de hombros. Su padre, su abuelo, lo habían querido furiosamente. ¿De qué les había servido? El esperaba poder quererlo otra vez, cuando lo trabajara para sí, para los suyos, y no para un propietario que sólo pensaría en subir la renta el día que doblase la co-

secha. Y más habla en el fondo de sus medias palabras, en su clara mirada al porvenir; la prudente inteligencia entre los aldeanos, los campos tan divididos trabajados en común, la gran cultura intensiva, con máquinas. Eran estas ideas raras que él se había ido formando poco á poco, que los burgueses no tenían para qué saber, pero que á veces se le escapaban sin pensarlo.

Acabaron por entrar un momento y sentarse, en la alquería; y Lucas encontraba allí las paredes frías y desnudas, el olor de trabajo y de pobreza que la víspera le habían impresionado tanto en casa de los Bonnaires, en la calle de las Tres Lunas. Seca y también terrosa como su marido, estaba allí la Feuillat callada, con su único hijo, un muchachote de doce años, León, que ayudaba á su padre. En todas partes lo mismo; en casa del aldeano como en casa del obrero, el trabajo maldito, con estigma de deshonor, convertido en lacería y sin sustentar siquiera al esclavo aherrojado en su oficio, como por una cadena. En la aldea cercana, en Combettes, el padecimiento era sin duda mayor todavía: casas sórdidas, una existencia de animales domésticos alimentados con sopas; los Lenfant, con su hijo Arsenio y su hija Olimpia, los Ivonnot, que tenían otros dos, Eugenia y Nicolás, todos comiendo en la artesa inmundada de la miseria, agravando sus males por el rencor con que se devoraban. Lucas escuchaba, miraba, evocaba este infierno social, y se decía que la solución del problema social estaba allí, con todo; porque el día en que se reconstituyera toda una sociedad nueva, habría que volver á la tierra, la eterna nodriza, la madre común, la única que podía asegurar á los hombres el pan de cada día.

Al dejar la alquería, dijo Boisgeln á Feuillat:

—En fin, usted lo pensará, amigo mío. La tierra ha ganado, y es justo que yo me aproveche de ello.

—¡Oh, ya está pensado, señor!—respondió el casero;—tanto me da reventar de hambre en medio de la calle ó en casa del amo.

A la vuelta, cuando damas y caballeros se dirigieron á la Guerdache, por otro camino del parque más solitario y sombrío, se formaron nuevos grupos; el

Sub-Prefecto y Leonor se retrasaron y pronto se quedaron á la cola, muy lejos, pero contentándose con charlar plácidamente como antiguo matrimonio; mientras Boisgeln y Fernanda, que se habían separado poco á poco, desaparecieron, como si hubiesen equivocado el camino, perdidos por extraviados senderos; tan animada era su conversación. Con paso igual, tranquilo, los dos maridos Gourier y Delaveau habían seguido por la calle de árboles, comentando un artículo sobre el fin de la huelga de «El Diario de Beauclair»; un periódico que tiraba quinientos ejemplares y publicaba un tal Lebleu, humilde librero clerical, al que daban artículos el cura Marle y el capitán Jollivet. El Alcalde deploraba que se hubiese metido á Dios en la danza, si bien aprobaba, como el director del Abismo, este canto de triunfo en que se celebraba con estilo lírico la victoria del capital sobre el salario. Lucas, que iba cerca de ellos, aburrido, se fué quedando atrás y echó por medio de la espesura, seguro de que al fin llegaría á la Guerdache.

¡Cuán adorable soledad en aquel espeso talar, en que el tibio sol de Septiembre entraba como lluvia de un polvo de oro!

Anduvo algún tiempo á la ventura, contento de verse solo al fin, respirando á sus anchas, en plena naturaleza, como libre del peso que le aplastaba, desde que toda aquella gente pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Quiso, sin embargo, alcanzarlos, pero de repente dió, cerca de la carretera de Formieres, en anchos prados, en medio de los cuales un pequeño brazo del Mionna alimentaba una gran charca. La escena que se le ofreció le divirtió mucho y fué para él de encanto y de esperanza.

Allí estaba Pablo Boisgeln, que acababa de obtener permiso para llevar hasta aquel sitio á sus dos convidadas, Nisa Delaveau y Luisa Mazelle, cuyos tres años suponían pies demasiado pequeños para ir muy lejos. Las niñas, tendidas bajo un sauce, charlaban sin pensar en los niños; pero lo grave del lance, era que el futuro heredero de la Guerdache y las dos damas de babero, habían encontrado la charca ocupada por una invasión popular; por tres galopines con-

quistadores que debían de haber escalado una tapia ó que se habían deslizado por debajo de un seto. Lucas, muy sorprendido, reconoció á Nanet, el jefe, el alma de la expedición, seguido de Luciano y de Antonieta Bonnaire, á quienes seguramente había seducido, arrastrándolos tan lejos de la calle de las Tres Lunas, gracias á la libertad del domingo. Todo se explicaba. Luciano había inventado un barquichuelo que navegaba sólo, y Nanet se había ofrecido á llevarlos á una charca que él conocía, donde jamás se encontraba á nadie. El barquichuelo caminaba solo por el agua clara, sin ondas. Era un prodigio.

Sencillamente, Luciano había tenido un rasgo genial, utilizando el infantil mecanismo de un cochecillo que giraba, un juguete de noventa y cinco céntimos, sin más que adaptar las ruedas, provistas de paletas, á un barco hecho de un pedacito de pino, ahuecado. Caminaba la máquina sus diez metros sin volver á darle cuerda. Lo peor era que había que coger el barco con una pértiga, y esto á cada instante les ponía en peligro de echarlo á pique. Petrificados de admiración, Pablo y sus dos convidadas, permanecían en pie al borde de la balsa. Luisa sobre todo, con los ojos brillantes en aquella carita de cabra caprichosa, pronto fué arrastrada por un deseo sin límites. Tendió las manitas y exclamó:

—Quiero yo, quiero yo...

Luego corrió hacia Luciano, que acababa de recoger con la pértiga el barco, para darle cuerda. La buena naturaleza, en el placer del juego, les juntó. Se tutearon.

—Soy yo quién lo ha hecho ¿sabes?

—¡Oh, déjame ver, dámelo!

El chico no quiso, defendió su propiedad contra las manitas despojadoras.

—¡Ah, no, esto no, me costó mucho trabajo!... Vas á romperlo, suéltalo.

Sin embargo, acabó por ablandarse, viendo á la niña tan mona, tan alegre y oliendo tan bien.

—Yo te haré otro si quieres.

Y como el barco, otra vez en el agua, caminaba de nuevo con sus ruedas, la niña aceptó la oferta, batió

palmas y se sentó junto á Luciano sobre la hierba, vencida á su vez, ya tan compinches y sin separarse más de él.

Pablo, el mayor de todos, que por sus siete años era ya un hombrecillo, tuvo en tanto la idea confusa de que debía procurar enterarse. Se había fijado en Antonieta, cuyo aspecto amable y cuyo rostro sano y bonito le animaban.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Yo, cuatro; pero papá dice que aparento seis.

—¿Y quién es tu papá?

—Toma; papá es papá, pareces tonto; qué cosas preguntas.

Se reía con tanta gracia, que el niño juzgó la respuesta decisiva y no la preguntó más. También se sentó junto á ella y al punto fueron los mejores amigos del mundo. Sin duda no echó de ver que llevaba un vestidillo de lana, nada bonito: hasta tal punto le parecía agradable con aquel aire de salud y de confianza.

—¿Y tú? ¿Quién es tu papá? ¿Son suyos todos estos árboles? ¡Hay que bien! ¡Tú sí que tienes sitio para jugar!... Nosotros nos hemos metido por el agujero de la sebe; allá abajo.

—Está prohibido... Tampoco me dejan á mí venir aquí, porque tienen miedo de que me caiga al agua. Y da tanto gusto... No hay que decir nada, nos castigarían á todos.

Pero de pronto, hubo allí un drama. Nanet, tan rubio y desgreñado, se había pasmado ante Nisa, más desgreñada y rubia que él. Parecían dos juguetes: se fueron el uno al otro en seguida, como si su encuentro fuera una cosa necesaria, y se hubieran esperado. Ya estaban cogidos de la mano y se reían cara á cara, jugando á empujarse. Nanet que se la echaba de valiente, exclamó:

—Para coger el barco de ese no hace falta el palo... Voy á buscarlo yo dentro del agua.

Entusiasmada Nisa, que también estaba por los juegos extraordinarios, apoyó la proposición.

—Eso es, vamos á meternos dentro del agua; hay que quitar los zapatos.

Y al inclinarse por poco se cae al agua. Toda su valentía de chiquilla la abandonó y lanzó un grito terrible cuando sintió que el agua le mojaba las botinas. Nanet, hecho un bravo, se había lanzado y la había cogido con sus brazos pequeños pero ya fuertes. La llevaba como una conquista y un trofeo; la dejó sobre la hierba y volvió la niña á reirse jugando con él y echándose mano, rodando juntos, como alegres cabritos. Pero el grito agudo que la había arrancado el miedo, acababa de sacar á las niñeras de su descuidada charla bajo el sauce. Se habían levantado, habían visto con asombro la pandilla invasora, aquellos galopines caídos de las nubes, que se permitían arrastrar al desenfreno á los hijos de burgueses, confiados á su custodia. Acudieron con aire tan irritado, tan terrible, que Luciano se apresuró á recoger el barco, despejando á todo correr, por miedo de que se lo confiscaran. Antonieta le seguía y hasta el mismo Nanet, á quien arrastraba el pánico. Galoparon hasta el seto, se echaron á tierra, se deslizaron por el agujero y desaparecieron, mientras que las dos niñeras volvían á la Guerdache con los tres niños, conviniendo con ellos en no decir nada para que no se riñera á nadie.

Lucas se refa á solas, divertido con aquella escena, sorprendida bajo un sol paternal, en medio de la naturaleza, buena amiga. ¡Ah, las valerosas criaturas! qué pronto estaban de acuerdo, cuán fácilmente resolvían todas las dificultades, ignorantes todavía de las luchas fratricidas; y qué sueño de triunfal porvenir traían consigo. A los cinco minutos estaba Lucas de vuelta en la Guerdache y allí volvió á caer en la execrable realidad presente envenenada de egoísmo, convertida en campo de batalla encarnizada de todas las malas pasiones. Eran las cuatro y los convidados se despedían.

Lo que le impresionó fué ver á la izquierda de la escalinata, cerca de él, al señor Jerónimo en su cochecillo. Acababa de volver de su largo paseo y había hecho una seña al criado para que le dejase un instante en aquel sitio como si quisiera asistir á la des-

pedida de los convidados, bajo un sol tibio que ya alumbraba de soslayo.

En lo alto de la escalinata, Susana, entre aquellas damas y caballeros que se disponían á marchar, esperaba á su marido que se había retrasado acompañado de Fernanda. Ya hacía algunos minutos que todos los demás habían vuelto, cuando les vió aparecer charlando á paso lento como si se pensarán que aquella larga soledad de dos era lo más natural del mundo. No provocó Susana ninguna explicación, pero bien notó Lucas que sus manos temblaban ligeramente, mientras que una amargura dolorosa asomaba en sus sonrisas de señora de su casa obligada á mostrarse amable.

Pero sintió el agudo dolor de una herida, que á su pesar la hizo estremecerse, cuando Boisgelin, dirigiéndose al capitán Jollivet, le dijo que iría á verle para consultarle y organizar con él la partida de caza con galgos que hasta ahora sólo había sido para él un vago proyecto. De modo que era cosa hecha: la esposa quedaba derrotada, y vencía la querida que había impuesto su capricho de despilfarro y de locura durante aquel paseo imprudente, como una citada en público.

Susana sintió rebelársele el alma; ¿por qué no cogía á su hijo y se marchaba con él? En seguida, con un visible esfuerzo se calmó, muy digna, muy grande, guardando el honor de su nombre y de su casa, con su abnegación de mujer honrada, con aquel silencio de heroica ternura en que había resuelto vivir, contra el lodo que la rodeaba; y Lucas que lo adivinaba todo, ya no conoció su tortura más que en el temblor de su pobre mano febril cuando se la estrechó al despedirse.

El señor Jerónimo había seguido la escena con aquella mirada transparente como agua de manantial, que hacía preguntarse con angustia si había allí todavía un pensamiento, una inteligencia que comprendía y que juzgaba; luego asistió á la marcha de todos los convidados, como un desfile de todas las potencias, de todas las autoridades sociales, los señores que el pueblo tenía como ejemplo. Chatelard en

carretela partió con Gourier y Leonor, la cual ofreció un sitio al cura Marle, de manera que ella y el clérigo se sentaron codo con codo en el asiento delantero, y el sub-Prefecto y el alcalde enfrente de ellos.

El capitán Jollivet que conducía por sí mismo un tilburi de alquiler, se llevó al presidente Gaume y á Lucila, su novia, siempre vigilada por su padre, á quien inquietaban sus gracias de tórtola pasmada. Por último, los Mazelle, que habían venido en un landeau inmenso, á él volvieron como á un blando lecho, donde medio acostados acabarían de hacer su digestión. Y el señor Jerónimo, al cual no hicieron más que saludar todas, según la regla de la casa, les siguió con sus miradas como un niño sigue las sombras que pasan, sin revelar ninguna clase de sentimiento en su rostro frío.

Sólo quedaban los Delaveau, y el director del Abismo se empeñó en llevar á Lucas consigo en la victoria de Boisgelín, para evitarle la vuelta á pie. Nada más sencillo que dejarle á la puerta de su casa, pues pasarían por delante de la Créchérie. Como no había más que una bigotera, Fernanda llevaría á Nisa en el regazo, y la niñera iría junto al cochero. Delaveau insistía con la mayor cortesía.

—De veras, señor Froment, sería para mí un verdadero placer.

Lucas tuvo que aceptar. Boisgelín, con torpeza, volvió á hablar de la partida de caza, poniendo empeño en saber si Lucas estaría todavía en Beauclair para asistir á ella. Respondió el joven que no lo sabía, pero que no había que contar con él. Susana le escuchaba sonriente; después con los ojos húmedos por la fraternal simpatía, le estrechó la mano otra vez.

—Hasta la vista, amigo mío.

Y cuando por fin arrancó la victoria, Lucas volvió á encontrarse por última vez con los ojos del señor Jerónimo, que le pareció que iban de Fernanda á Susana, observando lentamente la destrucción suprema. Acaso sería una ilusión; acaso en el fondo de sus ojos sólo había asomado la única emoción que á veces lucía en ellos en vaga sonrisa, cuando miraba á

su querida nieta, la única á quien amaba todavía, la única á quien quería reconocer.

Mientras la victoria rodaba hacia Beauclair, no tardó Lucas en comprender por qué Delaveau había deseado tanto llevarle consigo. Se puso á preguntarle el motivo de su improvisado viaje, lo que venía á hacer y la nueva dirección que Jordán iba á dar á su horno alto, muerto Laroche, el antiguo ingeniero. Uno de los proyectos secretos de Delaveau había sido siempre comprar el horno alto, y el vasto terreno que le separaba de su fábrica, para doblar de este modo el valor del Abismo, englobando en él la Créchérie. Pero era un bocado caro, y por lo pronto no había esperado más que ir extendiéndose de modo lento y progresivo, porque no tenía el dinero necesario, ni con mucho para hacer el negocio de un golpe. Pero la súbita muerte de Laroche había enardecido su deseo, y se decía que acaso podría entenderse con Jordán, del cual sabía que estaba abismado en sus estudios, y deseoso de desembarazarse de una gestión que le incomodaba. Por esto la repentina venida de Lucas le había alarmado tanto, temeroso de que el joven viniese á contrarrestar su proyecto, acerca del cual sólo había hecho hasta entonces prudentes indicaciones. A las primeras preguntas, hechas como al descuido, con aire bonachón, Lucas se puso en guardia, sin ver claro todavía; y respondió de modo evasivo:

—No sé nada; hace seis meses que no he visto á Jordán. En cuanto al horno alto, creo que va sencillamente á encargar su dirección á cualquier ingeniero joven, de mérito.

Mientras hablaba, notó que Fernanda no le quitaba los ojos. Se la había dormido Nisa en el regazo y ella callaba, muy atenta, como adivinando que su fortuna se decidía allí; y fijaba los ojos en el joven, en el cual ya olfateaba un enemigo. ¿No era ya partidario de Susana? ¿No los había visto de acuerdo, dándose la mano fraternalmente? Y ahora, Fernanda veía la guerra declarada, toda su hermosura se aguzaba en una sutil y cruel sonrisa, con el ansia de la victoria.

—Lo que he dicho—replicó Delaveau, batiéndose en

retirada,—fué porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo á sus inventos...

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crécherie y se apeó Froment; dió las gracias y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuído injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su sér entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

IV

Los Jordán iban á llegar al día siguiente, lunes, en el tren de la tarde, á Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Crécherie, de veinte hectáreas á lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordán había construído en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses; una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un

promontorio á la salida de la garganta de Brías sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias á los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordán que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada á sí misma, no tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, con más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordán de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido á menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más que dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando en una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió á su madre y á su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiséis años, cuando en tiempo de Luis XVIII, al volver á Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido el parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas, cubiertas de gujarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un